

## El jardín de las delicias



**Francisco Ayala**

*El jardín de las delicias*

Espasa-Calpe. Madrid, 1991

*Texto reproducido con la autorización de la editorial Espasa-Calpe.*

*PH agradece al autor del texto su amable colaboración con la sección Literatura y Patrimonio*

**E**l *jardín de las delicias*, el tríptico monstruoso y delicioso que pintara El Bosco hacia 1517 es transformado por Francisco Ayala en un laberinto literario de dos partes, *Diablo Mundo* y *Días Felices*, en un modelo de relato caótico y fragmentario que ha sido convertido de manos de la crítica en el prototipo literario de la posmodernidad. La imaginaria humana, después de cinco siglos, y salvadas las distancias, presenta idénticos ejes significativos, los mismos grandes arquetipos: la lujuria, el amor, la muerte, el mundo en que vivimos...

Partes de ese *collage* que es *El jardín de las delicias* son los fragmentos que presentamos: "El ángel de Bernini", "Más sobre ángeles", "Una mañana en Sicilia", "En la Sixtina", "El Mesías"... En ellos, el patrimonio y su uso social, la contemplación del arte o el turismo cultural se interrelacionan con la narrativa ayaliana. El lector comprobará, sin duda alguna, cómo el arte es el medio más eficaz para alcanzar la inmortalidad, cómo la obra, al entrar en contacto con la experiencia de alguien, vuelve y vuelve a vivir y revivir. Pero la idea del arte como eternización de la vida, como ilusión estética que produce una elevación espiritual comparable a la amorosa y, a veces, está combinada con ella, como experiencia subjetiva que cumple la función de ampliar los límites del libro en el espacio y en el tiempo, no es el verdadero mérito de Francisco Ayala. Lo que de algún modo hace vigente su escritura es haber generado un cauce de comunicación más que una obra de arte, porque ésta, por sí sola, ya iba a tener la huella de muchas miradas humanas.

### El ángel de Bernini, mi ángel

¡El ángel de Bernini! ¡Cuántas veces no me había detenido yo a su pie, ahí en el puente del Tíber, y me había extasiado contemplando, radiante de blancura contra el azul del cielo, esa inocencia patética, esos ojos impávidos y candorosos bajo una frente oprimida por la riqueza de tantos bucles! Al encontrármela un día de pronto, en ciudad tan lejana de Roma, reconocí inmediatamente en su mirada la del ángel que yo admiraba tanto, y en seguida pensé algo que sólo mucho más adelante habría de decirle; pensé: “Tú, criatura hermosa, eres el ángel de Bernini; tú eres mi ángel de Bernini!”

Y así, cuanto más la miraba, más lo era. Las líneas un poco blandas de sus facciones, la suave redondez carnosa, todavía infantil, de su cara bajo una boquita muy tierna, y luego, el esplendor de un cuerpo que también hubiera parecido ambiguo sin la afirmación valiente de sus pechos, animaban y acercaban para mí el admirado mármol que, en lo alto de su pedestal, nunca antes habían podido alcanzar mis manos. Ahora, por fin, lo tenía ahí, vivo y cálido bajo mi vista. Me incliné a besarle la cabeza, y “tú, dulce amor –le dije–, eres el ángel de Bernini. Dime: ¿nunca has visto tú ese ángel de la Pasión?, ¿no lo has visto nunca?, ¿ni en fotografía siquiera?” “–Nunca lo había visto–. Le expliqué cómo el artista, siglos ha, supo maravillosamente anticipar su encarnación humana; cómo la había adivinado y profetizado, y me la había anunciado a mí, que, en años sucesivos, jamás iría a Roma sin visitar en el Ponte Sant' Angelo la figura de Bernini; pero ella apenas tuvo curiosidad por conocer, siquiera fuese en fotografía, esa figuración donde yo había aprendido a amarla antes –muchísimo antes– de que ella se me apareciera en persona...”

Tenía entornados los ojos y la boquita trémula. “Qué murmuras ahí”, le pregunté. “Es una oración. Yo siempre digo una oración antes de dormirme. Y tú vas a rezarla conmigo, ¿verdad? No me digas que no. Repite mis palabras, ¿quieres? Repite: *Ángel de la guarda, dulce compañía: no me desampares ni de noche ni de día.*” Las repetí, ¿cómo no había de repetir las! Y en seguida volví a insistir: “Alguna vez he de llevarte a Roma para que te veas en el ángel de Bernini.” Ella contestó que sí, que sí; pero ¿sabía ya acaso, con ese saber suyo secreto y melancólico, que este deseo no había de cumplirse? También la mirada de sus ojos mortales parecía hecha a ver pasar las aguas del eterno Tíber.

Nunca fuimos a Roma. Y ya no está ella conmigo; ya nunca estará conmigo. Al despedirnos le colgué al cuello una cruz para memoria de nuestra pasión, y ella prometió que la besaría cada noche después de invocar al ángel de la guarda (... *ni de noche ni de día*). Ya no está más conmigo. Y yo, quizá me pararé alguna vez todavía sobre el puente del río, y levantaré la vista hacia aquella faz resplandeciente que no alcanzan a acariciar mis manos.

### En la Sixtina

Se dice: la Sixtina, como se dice: la Eroica, y basta; no hace falta más. ¿Para qué precisar que se trata de una sinfonía o de una capilla, si todo el mundo lo sabe? Además, ya ha dejado de ser capilla. Lo que fuera edificado para servicio del culto se ha convertido ya en sala de museo, la máxima atracción del Vaticano, aquello que ningún turista podría dejar de ver, que nadie se atrevería a abandonar Roma sin haber visitado. Es otra especie de culto, surgido en nuestro tiempo; una nueva devoción que, por cierto, pronto degenera, como las demás, en obligación rutinaria.

También nosotros teníamos que ir a los museos vaticanos antes de que nuestras vacaciones se terminaran, y pagar el tributo de nuestra admiración a las pinturas de Miguel Ángel en la Sixtina. Así lo hicimos.

Era una mañana resplandeciente. Habíamos salido temprano del hotel y, sin prisa, después de saborear nuestro café en aquel bar que ya empezaba a hacerse costumbre nuestra divertidos en observar una vez más los movimientos cautelosos del gato rubio que nos conocía y fingía no conocernos, anduvimos hacia el río, lo cruzamos, llegamos hasta los muros del Vaticano, y fuimos acercándonos hasta la entrada donde una aglomeración de autobuses y gentes de toda Europa, del mundo entero, declaraba que era en efecto la del museo famoso. ¿Qué hacerle? ¡Tanta, tantísima gente! Nos miramos el uno al otro con una sonrisa –¿qué hacerle, sino seguir adelante?–, y adelante fuimos. Tomados de la mano, nos metimos entre la apretada y plurilingüe multitud, y repetimos por nuestra parte lo que cada cual hacía: comprar billetes, entregarlos al pasar, entrar al ascensor, y continuar avanzando por salas y más salas e interminables galerías que de vez en cuando querían enganchar nuestra atención, pero a las que razonablemente nos resistíamos para atenernos a los carteles que de tiempo en tiempo nos señalaban con una flecha la dirección hacia donde nuestro propósito se encaminaba, nuestra meta: la Capilla Sixtina.

Dos o tres veces pensó uno, al ir a desembocar en esta o la otra sala: aquí es; pero no, no lo era todavía; teníamos que seguir más allá. Hasta que, por fin, nos encontramos en ella de pronto. El techo y la pared del frente, cubiertos de

aquellas figuras cuyas reproducciones ¿quién no ha visto y quién no conoce de memoria? nos aseguraban de que sí, de que por fin estábamos dentro de la Capilla Sixtina.

Por supuesto, sólo el techo y el alto umbral del Juicio podíamos ver levantando la nuestra sobre el piélago de cabezas en que nos hallábamos inmersos. Nos llevaba la corriente que desde todas partes concurría a Roma, y se apiñaba en las puertas del Vaticano, y se estrujaba por los pasillos del museo, y pugnaba por ingresar en la Sixtina, y ahí alzaba la mirada ávidamente hacia la escena presidida por el Salvador del género humano. Pero ¿sabía de veras esta multitud lo que anhelaba, lo que quizá temía? Sobre todos nosotros, como sobre los muertos a quienes despiertan de su tumba para convocarlos al juicio, se precipitaban desde la altura, soplando sus mudas trompetas, los terribles querubines del lado izquierdo mientras a la derecha, con sus orejas de burro, reclutaba eternamente Carón a los condenados para el infierno. Abajo, circulando con dificultad por el suelo de la capilla, se apretujaban –y nosotros dos delante de ellos– los turistas de piernas peludas, de calvas pecosas tostadas al sol, o adolescentes granujientos, viejas ya embalsamadas, y aquellas opulentas walquirias de minifalda, pies roñosos y espléndidas trenzas rubias que devoraban sandwiches y se llamaban a gritos. Entre tantos pecadores impenitentes, distraídos con la idea de que, tras el Juicio Final, saldríamos otra vez de la Sixtina y, ya en la calle, satisfechos de haber cumplido nuestro deber, buscaríamos alguna *trattoria* ahí mismo en el Trastevere para comer *spaguetti* y paladear un vasito de *chianti*, podían distinguirse los tenaces judíos que, desde los cuatro puntos cardinales, traen su arrogancia y su cámara fotográfica al seno mismo de la Gran Meretriz y disparan a traición sus *flashes* contra la imagen del Redentor, sin que la imponente majestad que Miguel Ángel supo darle alcance a intimidarlos. También los circunspectos japoneses ejercitaban sus máquinas con aplicación infatigable. Y todos, como masa espesa en colosal olla que desborda lentamente por un lado mientras por el otro sigue colmándose, girábamos juntos dentro de la Sixtina; girábamos y girábamos sin término.

### Más sobre ángeles

Sin prevenirte nada, te enfrenté, con el ángel de Bernini. No con aquel que triunfa, blanquísimo, sobre el puente, a la luz de Roma, dorada y azul, sino con su recatado original, en la penumbra de la iglesia. Aquel día, distraídos y felices, te había conducido a lo largo de calles bulliciosas, hasta Sant'Andrea delle Fratte. Entramos, te hice avanzar y, ahí mismo, a la izquierda del altar mayor, te señalé: “Mira, ése es el ángel de Bernini.” Estábamos parados ante su imponente hermosura.

“Muy tuyo es el haberme traído así, sin advertírmelo antes”, me dijiste tú tras un largo silencio. Y en tus palabras escuché yo una inflexión de queja, de dulce reproche que en seguida me hizo sentir culpable frente al cielo y la tierra. “Dime, querida mía, ¿he hecho mal?”, te supliqué lleno de ansiedad.

Tú habías leído aquello que yo escribí sobre mi ángel de Bernini, y habías reaccionado a su lectura con esas observaciones tuyas siempre tan sensatas, siempre tan sutiles, infalibles. “Se ve que a ti lo que de veras te interesa –habías concluido entonces– es el ángel de piedra, y no la mujer.” Ahora querías saber quién pudiera haber sido la mujer; me lo preguntabas. Pero sí, de veras, lo que me había interesado y seguía interesándome a mí no era la mujer sino la obra de arte. Una vez más, admiraba ahora a tu lado esa belleza suya, purísima y eterna, que con pasajero reflejo había quizá bañado por un instante la realidad corporal de alguna criatura transitoria. Ahora, a solas tú y yo, la mano en la mano, contemplábamos, nosotros dos solos, al ángel hermoso en la iglesia desierta. Callábamos; y mientras, nuestro amor vivía, palpitaba nuestro amor, más eterno que el mármol. ¿He hecho mal en traerla?, seguía torturándome a mí mismo, por mucho que, cariñosamente, me hubieras dicho tú que no, que no. Y sintiendo en el hueco de mi mano el calor de la tuya, y en tu voz las vibraciones de tu alma delicada, supe que todas las alegrías y todas las tristezas de todos los ángeles del cielo estaban cifradas en tu nombre.

Luego, cuando una vez me he atrevido a pronunciarlo en voz alta, las legiones celestiales debieron acudir juntas a mi boca.

### Una mañana en Sicilia

Cuatro de febrero de 1972: es mi tercer día en Sicilia. Desde Palermo, me lleva María del Carmen a visitar el templo dórico y el anfiteatro de Segesto. El cielo está gris; y observo que los ojos de Carmen son del mismo color que hoy tiene el mar por cuya orilla avanza nuestro automóvil: el mismo color de las pitas que, en doble teoría de penachos gigantes, bordean, ahora que hemos llegado, el sendero hacia el templo.

– Pero veamos antes el teatro –propone ella. Y allá nos encaminamos hasta alcanzar en lo alto de la colina el fuerte muro de piedra que ciñe su semicírculo.

A la entrada del anfiteatro quedamos detenidos, paralizados: se ha abierto ante nuestra vista el espectáculo del mar. Aquellos miles de espectadores, el público griego cuya ausencia llena de estas graderías, veían desenvolverse el drama o la comedia sobre el escenario abierto y quieto de esta hermosísima naturaleza.

– Sabían elegir sus lugares –dice María del Carmen.

– Sí –dije yo–; el modo como integraban la obra humana en el paisaje no es lo menos admirable en ellos. Mire el templo, a lo lejos, sobre aquella otra altura.

Pero en seguida me callo, un poco avergonzado de mi frase. Callamos. Todo calla. No se ve a nadie en la extensión del espacio que nos rodea. Un pájaro ha cantado, oculto; otro animal, quizá una liebre, se escabulle abajo, entre las matas.

– Cuánta paz –ha pronunciado Carmen como en acción de gracias; y yo repito sus palabras:

– Cuánta paz.

El aire está perfumado de hierbas campestres: romero, mejorana, alucema. Se oye zumbar algún insecto. Cuánta paz. Hoy no hay turistas. Y ni la sombra queda ya de aquella gárrula ciudad griega que, hace veintitantos siglos, acudirá al teatro este.

Descendemos al fin, para tomar luego el sendero que sube al templo. El sendero está empinado y pedregoso. A ambos lados las pitas abren el cielo sus largas, pinchudas hojas metálicas; hojas tersas, anchas y carnosas donde muchas parejas de amantes y algún corazón solitario han dejado grabados sus nombres. Ahí están, pardas, negruzcas, sobre el verde azulado, las cicatrices de tantas incisiones: *Franca ed Aldo, Linda and Fred, Lucia & Kurt...* Franca ed Aldo: *1 maggio 1970*. Pronto hará dos años. ¿Qué habrá sido, entretanto, de Aldo y de Franca? Pienso en las parejas que, hace siglos ya, arañaron sus nombres en los estucos de la Alhambra, y esos nombres pueden leerse todavía.

Estas hojas de cactus no son, por cierto, mármol o bronce. Alrededor de las que aún se yerguen vigorosas y amenazantes, yacen ya, mustias, a ras de suelo, otras cuyo color seco ha hecho ilegibles los signos que visitantes anteriores quisieron perpetuar; ilegibles, como los nombres inscritos en algunas tumbas de iglesias medievales, borrados por millones de pisadas en cientos de años. Si por un momento hubiera sentido el deseo de consignar el mío a la hoja de una pita, pronto habría desistido del futil empeño. ¿Para qué? ¿No sería tanto como escribirlo en el agua?

Pero ya estamos arriba, ya discurrimos por entre las imponentes columnas. Busca en su guía María del Carmen los datos correspondientes a este templo, y en vano se esfuerza el libro por ofrecer al turista serviciales precisiones: ni siquiera la deidad a que se consagraba el edificio es capaz de nombrarla. También el nombre del dios cayó en el olvido.

Recogemos del suelo florecitas silvestres, moradas y amarillas. Y al cabo de un rato emprendemos el regreso, sendero abajo.

Apenas habremos llegado a la mitad cuando, en el fondo, vemos aparecer un extraño grupo, cuatro personas, que no tardarán en cruzarse con nosotros. Es –en seguida nos hemos dado cuenta– una boda. El novio, menudito, bien peinado y vestido de negro, sostiene del brazo a la novia, ayudándole a subir, mientras con la otra mano le recoge el vuelo de su largo vestido nupcial para que no arrastre por tierra. Fatigosamente sube la novia. Muy pálida, grandes ojeras, los labios secos y entreabiertos, mirando al suelo como si avanzara muy preocupada con sus zapatos de raso que los charolados del esposo se desvelan por preceder y cortejar entre los guijarros del camino. Tras de los novios, una muchacha, hermana o amiga, levanta en alto el velo de la desposada; y al lado, el fotógrafo, tutelar, los acompaña máquina en mano. ¿Acostumbran las gentes de esta comarca sacarse el retrato de novios entre las columnas dóricas del templo? ¿Quieren de este modo fijar para siempre el momento de su dicha, encerrarlo en el pétreo monumento? Sin duda. Y siendo así, estos últimos fieles se encomiendan al dios ignoto y ponen en él sus esperanzas de felicidad eterna, como quizá ya lo hicieron antes sus padres y sus abuelos.

Al cruzarnos con el grupo, Carmen les saluda: *Auguri, auguri*. Y ellos contestan dando las gracias melancólicamente como si, cansados, estuvieran cumpliendo un rito en cuya eficacia no creen demasiado.

(Pero yo mismo, ¿caso no estoy consignando ahora también este momento mío a la hoja efímera de un diario?)

## El Mesías

Chicago: Todavía hay por ahí quienes asocian su nombre con el recuerdo sangriento de los *gangsters*. Ignoran acaso que Chicago disfruta hoy en día de una vida cultural muy intensa; olvidan que, entre otros muchos museos, tenemos aquí el famoso Art Institute, tan rico en impresionistas franceses; que, frente a los laboratorios donde se logró la hazaña de desintegrar el átomo, puede admirarse un monumento conmemorativo, entre hongo de bronce y siniestra calavera, obra nada menos que del inglés Moore; que, en punto a escultura, la ciudad se enorgullece de la muy controvertida Picasso (ya hasta las compañías aéreas se sirven de ella para anunciar sus viajes)... Pero sobre todo, ¿quién no sabe que existe en Chicago una actividad musical envidiable? Nosotros lo sabemos muy bien, y buen partido que saquemos de ello.

Así, en días pasados, hubimos de adquirir con la debida antelación billetes para ir a escuchar un *Mesías* que se anunciaba con gran promesa. Y, puesto que la entrada nos había costado algo cara, decidimos –tanto más, siendo un domingo y habiendo de celebrarse el concierto en la hermosa capilla gótica de nuestra universidad– engalanarnos con la ropa mejor. Yo, previa aprobación tuya, me puse el traje de franela gris (casi no tengo otro) con la camisa que tan primorosamente me habías planchado; y tú, uno de tus vestidos, tan bonitos todos que, fuera el que fuese, hubiera obtenido siempre mi beneplácito.

Llegada la hora nos encaminamos al templo, sorteando la nieve de ayer bajo un impecable cielo azul, mientras el carillón invitaba a los fieles (fieles al gran arte, por encima de cualquier denominación religiosa) que ya se aglomeraban en el atrio, y entramos también nosotros para llegar, a lo largo de la nave, hasta nuestros asientos y desde ellos admirar por un momento los hermosos estandartes tendidos a ambos lados con sus diseños modernísimos (y yo te hice notar, y tú confirmaste, que las audacias del arte nuevo casan bien con el trazado gótico de la arquitectura; que aquellas figuras, y letras, y símbolos, casaban perfectamente con aquellos arcos y aquellas ojivas).

En fin, ya estábamos acomodados y dispuestos a dejarnos arrastrar hacia los espacios celestiales de Händel. Alrededor nuestro bullía el público: un público abigarrado. La compostura de nuestro atuendo –conviene advertirlo; nosotros lo advertimos entonces– resultaba una como protesta tácita e impremeditada contra el desorden vestimentario que hoy prevalece, pues los demás concurrentes coincidían por lo general en exhibir la rebeldía de su espíritu mediante el común desaliño, de modo que nuestra burguesa moderación hubiera podido parecer insultante y crearnos una situación embarazosa si, frente a aquella multitud de apariencia estafalaria, no hubieran surgido en seguida, ahí en medio, polarizando la atención para establecer un contraste bastante grotesco, el frac del director y el lamé dorado que adornaba las carnes de la lechosa solista. Pero bastó su presencia, bastó que empezara a sonar la orquesta para que nadie pudiera distraerse más en trivialidades semejantes.

Ya todos en las nubes; todos ya arrebatados, suspendidos por rayos fulgentes hasta la esfera de las emociones divinas donde en vano la dureza del asiento, el rígido respaldo de madera, quería de vez en vez y cada vez más recordarnos ¡triste miseria humana! La duración magnífica con que el oratorio imita a la eternidad; y cuando, acercándose a su término, levantó a los oyentes con el sobrecogedor “¡Aleluya!” y debimos alzarnos de nuestro banco para escucharlo respetuosamente en pie, este movimiento no sólo marcó el punto culminante de nuestra exaltación espiritual, sino que, con el obligado cambio de postura, nos trajo un grato alivio físico. A partir de entonces el desenfreno musical comenzaría a sosegar y pronto la orquesta habría de recogerse al silencio. El concierto había acabado.

¿Dónde iríamos a cenar tras tan sublime fiesta? ¿Dónde más que a ese restaurante chino que, aun cuando situado en un lugar imposible, atraía por su buena cocina (y también, quizá, por el lugar imposible donde estaba situado) a aquellos *connaisseurs* que –habiéndose pasado la consigna de boca a oído– saben poner los ojos en blanco –homenaje debido a la delicia de unas bien adobadas costillas de cerdo– después de haber paladeado en éxtasis las milagrosas armonías de Händel? No es que el local en sí tuviera nada de agradable (tal vez su mérito estaba en no tenerlo): melancólico moblaje de plástico barato, lámparas mortecinas, tazas desportilladas, cubiertos de estaño y unos chinitos sin edad, sin ruido, sin prisa, sonriendo impertérritos para sus adentros ante la enorme afluencia de clientes que, parados a la entrada y casi junto a las mesas, les suplican con miradas humildes o cómplices gestos de *habitués* el trato preferencial que no han de obtener. Con sabiduría oriental, los chinitos lo comprenden todo, y todo lo perdonan, pues aquellos señores han llegado hasta allí, se han expuesto a los asaltos de las pandillas juveniles o a la navaja del drogado que perentorio te exige dinero, y es muy natural que deseen acomodarse pronto ante las cascadas tazas de exquisito té mientras aguardan los elaborados camarones; pero hay que darle tiempo al tiempo, y los chinitos sonríen impertérritos. ¿Iremos también nosotros a ese restaurante? “Creo que no”, dices tú. Y nosotros también sonreímos.